

*Ricciardi Paula – Lic. En Trabajo Social. Actualmente ejerciendo en un Centro de atención primaria de la salud ubicado en la zona sur de CABA.*

### **“Nunca se dio cuenta que le regaló alas”**

Las demandas de consultorios se tornan rutinarias. Una no quiere que así sea, pero el oído acostumbra a escuchar y los ojos a observar todo eso que la sociedad en la que vivimos alienta a despojar, obliga a tapar.

Atender a mujeres, escuchar la violencia en la que viven, sobreviven y con la que conviven se transforma en rutina. En un país donde pareciera que la militancia feminista avanzó con furia, con ganas de romper todas esas cadenas que nos atan y que nos paralizan, atender mujeres que sufren y no saben cómo salir de ahí, es parte de nuestro trabajo, y como todo trabajo, de la rutina.

Una tarde, llega ella. Con mucha tristeza. No me lo dijo de buena primera, solo lo sentí cuando atiné a darle el asiento para iniciar la consulta. Desde ahí, fueron muchos meses de acompañarla. Muchas dudas de ella, de mí y de cómo cuidar a sus hijes. Acuerdos que parecían simular cotidianos de tranquilidad, el miedo como modo de vida. El aguante como estrategia de cuidado para ella y sus hijes.

Una persona que decía amarla. ¿En qué mundo que no sea humano cabe que amar a alguien es lastimarlo hasta desearle la muerte? ¿Cómo logramos pintarle corazones de colores a relatos donde explícitamente tu vida, nuestras vidas están en riesgo? ¿Cuánto vale la vida de las mujeres? ¿Y las mujeres que son migrantes? ¿Valen nuestras vidas? ¿Las de ellas? Mejor dicho, ¿Cuáles modos de vivir valen?

Fueron varios meses, con un poco de enojo y certeza llegó un día que me sentí obligada a ponerle fecha límite. No podía seguir prolongando aquella decisión en la que creemos, es por su bien, por nuestro bien: denunciarlo. La única manera de comenzar a allanar la paz, es la denuncia. Al menos, es lo que una cree. La violencia es un delito, y está penada. Si sufrís violencia de género, denunciá. Eso decimos hace varios años.

Entre idas y venidas, incertidumbres e inseguridades, aparece en el centro de salud de vuelta. Tenía el papel, y la cara cansada. “Estuve toda la noche ahí doctora. Me dieron este papel, creo ya no se puede acercar más”. –Ni a vos, ni a tus hijos. Era lo único que atiné a decirle. Empecemos a pensar ahora como empezar de cero. Pero no esos ceros que nunca iniciaron, un nuevo comienzo que recuerda los puntos finales. Esos que sabes donde no querés volver, y quizá no sabes bien para dónde ir, pero eso se va descubriendo a medida que las cadenas empiezan a alivianarse un poco más.

Pasaron unos meses. La reencontré en la sala de espera. Hablamos un rato y le propuse pasar al consultorio. Sonreía, ¿pueden creer que en todos estos meses nunca le había visto la sonrisa? Estaba con sus hijos. Tenía trabajo, y el pelo suelto. Se encontraba maquillada, de esas veces que una se arregla para enamorarse a una misma. Nunca nos enseñaron a gustar de nosotras, siempre se puede empezar. Un abrazo y dos sonrisas, de esas que cristalizaban la importancia de haber re construido en todo ese tiempo nuevos sentidos comunes de cuidado: Estamos para acompañarnos y son las redes institucionales y socio afectivas las que nos sostienen y alojan cuando el mundo reafirma la invisibilización del dolor. Un hasta luego...

Reencontrarme con ella a través de noticias que a veces elegimos descreer, para luego imaginar y entender que nunca estamos a salvo. Que no depende de nosotras, que no depende de la denuncia, que hay una sociedad que nos condena como futuro cierto hacia la esclavitud del deseo de ellos y las que tenemos suerte, aún podemos seguir imaginando otros futuros posibles.

Muchas preguntas, co- visiones con colegas me ha llevado a afirmar que repensar la intervención profesional situada desde los lineamientos éticos que nos rigen, frente el marco de las instituciones que determinan nuestra práctica profesional, continuará siendo un imperativo de interpelación constante... ¿Cuáles son los límites de nuestra intervención? ¿Cuánto podemos transformar?

Ella se fue, la obligaron a irse. Él necesitaba llevársela a la cárcel, con su odio a la libertad de las mujeres. Nunca se dio cuenta que le regaló alas.